

una espada corta. El otro, calvo, grueso, con la cara fofa y sin cejas, había continuado tendido sobre un diván, envuelto en su manto color de vino: su gesto de acogida fué más distraído y desdénoso que la limosna que se arroja al extranjero. Sin embargo, Topsisius casi se postró para besar sus zapatos redondos y amarillos, atados con hilos de oro. ¡Aquel hombre era el venerable Osanías, de la familia pontifical de Beothos, todavía de la sangre real de Aristóbulo! Al otro hombre ni lo saludamos ni él nos vió: estaba escondido en un rincón, con la faz sumida en el capuz de su túnica de lino, mas blanca que la nieve: parecía embebido en una oración. Sólo de tiempo en tiempo se movía para limpiar las manos lentamente en una toalla tan blanca como la túnica, que le pendía de una cuerda atada á la cintura, gruesa y llena de nudos como las que ciñen los monjes. A todo esto, quitándome los guantes, yo examinaba el techo de la sala, todo de cedro, con labores refocadas de escarifa. El azul liso y lustroso de las paredes era como la continuación de aquel cielo de Oriente, luminoso y límpido que resplandecía á través de la ventana. Sobre un trípode incrustado de nácar humeaban, en un pebetero de bronce, resinas aromáticas.

Gamaliel se aproximó, y después de haber mirado duramente mis botas de montar, dijo con lentitud:

—La jornada que tenéis es larga y debéis estar hambrientos...

Murmuré cortésmente una excusa... Y él, grave, como si recitase un texto, continuó:

—La hora del mediodía es la más grata al Señor. José dice á Benjamín: «Tú comerás conmigo al mediodía». Pero la alegría del huésped es también dulce á los ojos del Muy Alto, del Muy Fuerte... Estáis desfallecidos, vais á comer para que vuestra alma me bendiga.

Batió las palmas: un siervo, con los cabellos apretados en una diadema de metal, entró trayendo un jarro lleno de agua templada que olía á rosa,

donde yo purifiqué las manos; otro me brindó bollos de miel sobre verdes hojas de parra; otro vertió en tazas de loza brillante el vino fuerte y negro de Emaus. Y para que el huésped no comiese solo, Gamaliel probó los manjares y el vino.

—Ahora—dije yo, lamiéndome los dedos,—tengo lastre hasta el mediodía.

—Que tu alma se regocije.

Encendí un cigarro y fuí á tomar el fresco á la ventana. La casa de Gamaliel estaba en un alto, á espaldas del templo, sobre la colina de Ofel: el aire era tan dulce y tan tibio, que solamente sentir su caricia henchía de paz el corazón. Ante mis ojos florecían jardines y pomaredas que daban sombra al valle de la Fuente, y subían hasta la colina en que blanqueaba callada y fresca la aldea de Siloeh. En la lejanía ondulaban las montañas de Moab, suaves, indecisas, de un azul poco más intenso que el del cielo, y una forma blanca, que parecía estremerse en la luz, debía ser la ciudadela de Makeros sobre su cimientro roqueño, en los confines de Idumea.

Me volví oyendo á Gamaliel que decía, igual que el hombre del manto color de azafrán en el monte de los Olivos:

—Sí, esta noche en Bethania Rabí Jeschoua fué preso.

Después agregó lento, con los ojos medio cerrados, alzando por entre los dedos los largos hilos de su barba:

—Pero Poncio tuvo un escrúpulo... No quiso juzgar á un hombre de Galilea, que es súbdito de Antipas Herodes... Y como el Tetrarca ha venido á Jerusalem para celebrar la Pascua, Poncio le envió el Rabí á su morada.

Los anteojos de Topsisius rebrillaron de espanto.

—¡Cosa extraña!—exclamó abriendo los flacos brazos.—¡Poncio escrupuloso, Poncio formalista! ¿Y desde cuándo respeta Poncio la jurisdicción del Tetrarca? ¿Cuántos infelices galileos no hizo matar sin licencia del Tetrarca, cuando la revuelta del



acueducto? Entonces las espadas romanas, por orden de Poncio, mezclaron en el templo la sangre de los hombres de Neftalí á la sangre de los bueyes del Sacrificio.

Gamaliel murmuró sombríamente:

—El romano es cruel, pero esclavo de la legalidad.

Entonces Osanías, hijo de Beothos, dijo con su sonrisa blanda y sin dientes alzando levemente las manos resplandecientes de anillos:

—O tal vez sea que la mujer de Poncio proteja al Rabí.

Gamaliel, sordamente, maldijo el impudor de la romana. Y como los anteojos de Topsisius interrogaban al blando Osanías, éste admiróse mucho de que el doctor ignorase cosas tan comentadas en el Templo, hasta por los pastores que llegan de Idu-mea para vender los corderos de la Ofrenda. Siempre que el Rabí oraba en el Pórtico de Salomón, del lado de Susa, Claudia iba á verle desde la torre Antonia, sola, envuelta en un velo negro. Tal vez Claudia, saciada de todos los cocheros del Circo y de los histriones de Suburra, quería probar cómo sabían los besos de un profeta de Galilea...

El hombre vestido de albo lino alzó bruscamente el rostro, sacudiendo el capuz sobre los cabellos revueltos: su larga mirada azul fulguró por toda la sala como un relámpago, y se apagó bajo la humildad de las pestañas, que se inclinaron. Después murmuró lento y severo:

—Osanías, el Rabí es casto.

El viejo rió pesadamente. ¡Casto el Rabí! ¿Y entonces aquella galilea de Magdala, que había vivido en el barrio de Bezetha, y que en las fiestas de Prurim se mezclaba con las prostitutas griegas á las puertas del teatro de Herodes? ¿Y Yoanna, la mujer de Khosna, uno de los cocineros de Antipas? Y otra de Efraim, Susana, que una noche, obediente á un gesto del Rabí, dejara los hijos y con el peculio doméstico escondido en la punta del manto le siguiera hasta Cesárea?

—¡Oh, Osanías—gritó batiendo palmas y ho-

gándose el hombre hermoso, que tenía una espada con pedrería.—¡Oh, hijo de Beothos! ¿cómo es que tú conoces, una á una, las incontinencias de un Rabí galileo, hijo de las siervas del suelo y más miserable que ellas? Ni que se tratase de Elio Lamma, nuestro Legado Imperial, á quien el Señor cubra de males...

Los ojos de Osanías, menudos como dos cuentas de vidrio negro, relucían de agudeza y malicia.

—¡Oh, Manases! Es para que vosotros, los patriotas los puros herederos de Judas de Galaunítida, no acuséis siempre á nosotros, los saduceos, de saber solamente lo que le pasa en el Atrio de los Sacerdotes y de la casa Hannán.

Una tos ronca le interrumpió un momento: la sofocó bajo una punta manto, que vivamente se llevó á la boca. Después, más quebrado, con vestigios rojos en la faz amarillenta, continuó:

—En verdad que fué en la casa de Hannán donde oímos esto á Menahem, paseando todos debajo de la viña... Y también nos contó que el Rabí de Galilea llegaba, en su impudor, hasta tocar mujeres paganas, y otras más impuras que el cerdo... Un Levita le vió, en la calzada de Sichem, alzarse sofocado, tras el brocal de un pozo, con una mujer de Samaría.

El hombre vestido de albo lino se alzó de un salto, todo trémulo; en el grito que se escapó había el horror de quien sorprende la profanación de un altar.

Gamaliel, con una seca autoridad, clavó en él los ojos duros.

—¡Oh, Gad, Gad, á los treinta años el Rabí no es casado! ¿Cuál es su trabajo? ¿Dónde está el campo que labra? ¿Quién conoció su viña? ¡Vagabundea por los caminos y vive de lo que le ofrecen esas mujeres disolutas! ¿Acaso hacen otra cosa esos mancebos imberbes de Sibaris y de Lesbos que pasean todo el día en la Via Judiciaria, y que vosotros, esenios, abomináis de tal suerte, que corréis á lavaros las vestiduras en una cisterna si os roza alguno de ellos?... ¿Le has oído á Osanías, hijo



de Beothos?... ¡Sólo Jehová es grande! En verdad te digo que cuando Rabí Jeschoua, despreciando la ley, da á la mujer adúltera un perdón que tanto cautiva á los sencillos, cede á los impulsos de su moral y no á la abundancia de su misericordia.

Con la faz roja y alzando los brazos en el aire, Gad clamó:

—¡El Rabí hace milagros!

Y fué el hermoso Manasés quien con un sereno desdén respondió al esenio:

—Sosiegate, Gad: otros han hecho también milagros. Simón de Samaría hizo milagros. Los hicieron Apolonio y aun Gabieno... ¿Y que son los prodigios de tu galileo comparados con los de las hijas del gran Sacerdote de Anio y con los del sabio Rabí Chekiná?

Y Osanías escarnecía al sencillo Gad.

—En verdad ¿qué es lo que vosotros los esenios aprendéis en ese oasis de Engaddi? ¡Milagros! ¡Milagros hasta los paganos los hacen! Ve á Alejandría, al puerto de Eunotos, y verás allí magos haciendo milagros por un draema, que es el precio de un día de trabajo.

Gad sonreía con altivez y dulzura. Su indignación expiraba bajo la inmensidad de su desdén.

—Vosotros habláis y habláis, como moscardones que zumban. Vosotros habláis y vosotros no lo habéis oído. En Galilea, que es tan fértil y tan verde, cuando él hablaba era como si una fuente de leche corriese en tierra de hambre y de sequía: hasta la luz parecía un bien mayor. Las aguas, en el lago de Tiberiades, se amansaban para escucharle; y á los ojos de los niños que le rodeaban subía la gravedad de una fe ya madura... El hablaba: y como palomas que tienden las alas y vuelan de la puerta de un santuario, nosotros veíamos desprenderse de sus labios y volar sobre las naciones del mundo toda suerte de cosas nobles y santas, la Caridad, la Fraternidad, la Justicia, la Misericordia, y las formas nuevas, bellas, divinamente bellas, del amor.

La faz del esenio resplandecía, elevada hacia el

cielo, como siguiendo el vuelo de aquellas divinas nuevas. Gamaliel, Doctor de la Ley, le rebatió con dura autoridad:

—¿Qué hay de original y de individual en todas esas ideas? ¿Imaginas que el Rabí las sacó de la abundancia de su corazón? ¡Llena de ellas está nuestra doctrina!... ¿Quieres oír hablar de amor, de caridad, de igualdad? Lee el libro de Jesús, hijo de Sidrah... Todo eso lo predicó Hilel, todo eso lo dijo Schemaia. Cosas tan justas se encuentran hasta en los libros paganos, que al lado de los nuestros son como el lodo al lado del agua para de Siloeh... Vosotros mismos, los esenios, tenéis preceptos mejores. Antes que ese Rabí, enseñó las mismas cosas tu amigo Iokanán á quien llamáis el Bautista, y que acabó tan miserablemente en un calabozo de Makeros.

—¡Iokanán!—exclamó Gad estremecido y como rudamente despertado de la suavidad de un sueño.

Sus ojos brillantes se humedecieron. Tres veces, inclinado sobre el suelo, con los brazos abiertos, repitió el nombre de Iokanán como llamando á alguien de entre los muertos. Después, con dos lágrimas resbalando por la barba, murmuró muy bajo, en una confidencia que lo henchía de terror:

—Yo fui quien subió á Makeros para rescatar la cabeza del Bautista. Cuando descendía el camino, con ella envuelta en mi manto, todavía aquella mujer, Herodías, encorvada sobre la muralla, semejante á la hembra lasciva del tigre, rugía y me gritaba injurias... Tres días y tres noches seguí por los caminos de Galilea llevando la cabeza del justo asida por los cabellos...

De nuevo cayó postrado, llorando ansiosamente con los brazos extendidos en cruz.

Entonces Gamaliel, adelantándose hacia el sabio Topsisius, comenzó á explicarle:

—Nosotros tenemos una ley, y nuestra ley es precisa. Es la palabra del Señor y el Señor dijo: «Yo soy Jehová, el Eterno, el Primero y el Ultimo: antes de mí no hubo dios alguno, no existe dios alguno á mi lado, no habrá dios alguno después...»



Esta es la voz del Señor. Y el Señor dijo todavía: «Si entre vosotros apareciese un profeta que quisiese introducir otro dios y llamase á los sencillos al culto de ese dios, ese profeta morirá.» Esta es la ley, esta es la voz del Señor. El Rabí de Nazareth se proclamó dios de Galilea, y en las Sinagogas, y en las calles de Jerusalem y en los patios santos del Templo... ¡El Rabí debe morir!

Pero el hermoso Manasés se interpuso entre el doctor de la ley y el historiador de los Herodes. Noblemente rebatió la letra cruel de la doctrina.

—¡No, no! ¿Qué importa que las luces de un cementerio digan que son el sol? ¿Qué importa que un hombre abra los brazos y grite que es un Dios?...

¡Va á aplaudir á Manasés cuando le ví cambiar de gesto y exclamar con violencia y fervor:

—Cierto que ese Rabí de Galilea debe morir, pero morirá por ser un mal ciudadano y un mal judío. ¿No le hemos oído aconsejar que se pague el tributo al César? El Rabí tiende su mano á Roma; el romano no es su enemigo. Hace tres años que predica y nadie le ha oído proclamar la necesidad santa de expulsar al extranjero.

Osanías, inquieto, miró hacia la ventana llena de luz, por donde las amenazas de Manasés parecían volar vibrantes y libres. Gamaliel sonreía iríamente. El discípulo ardiente de Judas de Gamala clamaba, arrebatado en su pasión:

—En verdad os digo que consolar las almas con esa esperanza del reino del cielo es hacerles olvidar el deber fuerte para con el reino de la tierra de Israel que gime en cadenas, y llora, y no quiere ser consolada. El Rabí es traidor á la patria; el Rabí debe morir.

Trémulo había empuñado la espada, y su mirar brillaba como un fulgor de revuelta, como si solicitase ávidamente la gloria de los combates y la gloria de los suplicios.

Entonces Osanías se alzó apoyado en su bastón, que remataba en una piña de oro. Un penoso cuidado parecía nublar la vejez liviana. Comenzó á decir, lento y triste, como quien á través del entu-

siasmo y de la doctrina, apunta el mandato ineludible de la necesidad.

—Ciertamente, ciertamente, poco importa que un visionario se diga Mesías é hijo de Dios y amenace destruir la ley y destruir el Templo. El Templo y la ley pueden sonreír y perdonar seguros de su eternidad... Pero ¡oh Manasés! porque un Rabí de Galilea que se acuerda de los hijos de Gamala clavados en la cruz aconseje prudencia y malicia en las relaciones con el Romano, ¿vamos á darle muerte? ¡Ah, Manasés! Nuestras leyes son suaves. Manasés, tus manos son robustas y sin embargo no podrás desviar la corriente del Jordán y hacer que corra por la tierra de Trkaunitida y no por la tierra de Canaán. Tampoco podrás impedir que las legiones de César, que cubrieron las ciudades de Grecia, cubran el país de Judea. Sabio y fuerte era Judas Macabeo é hizo amistad con Roma. Roma es sobre la tierra como un gran viento de la Naturaleza; cuando sopla, el insensato le ofrece el pecho y es derrumbado, pero el hombre prudente se recoge á su morada y está quieto.

Después, fijando sobre nosotros los ojos menudos que asaeteaban con un brillo inexorable y frío, prosiguió, siempre suave y sutil:

—Pero en verdad os digo que ese Rabí de Galilea debe morir. Como el Romano en Jerusalem, todo aquel que venga y se proclame Mesías como el de Galilea, es nocivo y peligroso para Israel. El Romano no comprende el reino de los cielos que promete el Rabí, pero vé que esas predicaciones agitan sombríamente al pueblo en los pórticos del Templo... Entonces se dice: «En verdad este templo con su oro, sus multitudes y su celo, es un peligro para la autoridad del César en Judea... Y lentamente anula la fuerza del templo disminuyendo su riqueza y los privilegios de su sacerdocio. Para humillación nuestra ya las vestiduras pontificales se guardan en el erario de la torre Antonia. Para empobrecernos el Pretor hace uso del dinero del Corbán. ¡Dentro de poco tiempo todo será del Romano! Sólo nos quedará el bordón



para ir á mendigar por los caminos de Samaría en busca de los mercaderes ricos de Decapola... En verdad os digo que, para conservar el esplendor del Templo, debemos procurar que aparezca ante los ojos del Romano solemne y sumiso, sin tumultos y sin Mesías... Por eso os digo que el Rabí debe morir.

Así, delante de mí, habló Osanías, hijo de Beothos y miembro del Sanhedrín. Gad, inmóvil, oraba. En el azul de la ventana una abeja color de oro zumbaba sobre una madreSelva florida, que trepaba por el muro. Topsisius decía con pompa:

—Hombres que me habéis acogido: la verdad abunda en vuestros espíritus como la uva abunda en las vendimias. Vosotros sois tres torres que guardáis Israel entre las naciones: una defiende la unidad de la Religión: otra mantiene el entusiasmo de la Patria y la tercera, que eres tú, venerando hijo de Beothos, cauto y ondeante como la serpiente que amaba Salomón, protege una cosa más preciosa, que es el orden. Vosotros sois tres torres, y contra cada una el Rabí de Galilea alza el brazo y lanza la primera piedra.

Y Gamaliel, con el gesto de quien rompe una vara frágil, dijo, mostrando los dientes blancos:

—Por eso lo crucificaremos.

Fue como si un venablo acerado, relampagueando y silbando, viniese á clavarse en mi pecho. Sofocado, tiré de la manga al docto historiador:

—Topsisius, Topsisius, ¿quién es ese Rabí que predicaba en Galilea y hace milagros y va á ser crucificado?

El sabio doctor volvió hacia mí los ojos con tanto pasmo como si le preguntase cuál era el astro que, por detrás de los montes, traía la luz de la mañana. Después, secamente, murmuró:

—Rabí Jeschoua, que de Nazareth pasó á Galilea, á quien algunos llaman Jesús y otros también llaman el Cristo.

—¡El nuestro!—grité vacilando como un hombre aturdido. Y como una llamarada pasó por todo mi sér el deseo de correr á su encuentro y ver

con mis ojos mortales el cuerpo de mi Señor, en su cuerpo humano y real, vestido con el lino de que se visten los hombres, cubierto con el polvo que levantan los caminos humanos... Al mismo tiempo, más de lo que teme la hoja en un áspero viento, tenía mi alma en un terror sombrío.

¡El terror del siervo negligente delante del amo justo! ¿Estaba yo bastante purificado con mis ayunos y mis trisagios para afrontar la faz fulgurante de mi Dios? ¡Ay de mí! No lo estaba. ¡Cuántos domingos, en aquellos tiempos carnales en que Adelina me esperaba fumando y en camisa, no había maldecido la lentitud de las misas y la pesadez de los sermones!

¡Ver á Jesús! Ver cómo eran sus cabellos, qué pliegues hacía su túnica y lo que acontecía en la tierra cuando sus labios se abrían. Tal vez en medroso instante pasaba entre barbudos y graves soldados romanos con una cuerda atada á las manos. ¡La brisa que balanceaba en la ventana las flores de la madreSelva avivando su aroma, tal vez acababa de rozar la frente de mi Dios ya ensangrentada de espinas! Tan sólo con empujar aquella puerta de cedro y atravesar el patio donde gemía la muela del molino doméstico hallárame en la calle, y podría ver, presente y corpóreo, á mi Señor Jesús, tan realmente y tan bien como lo habían visto San Juan y San Mateo. Seguiría su sacra sombra en el muro blanco por donde marcharía también mi sombra. En el mismo polvo que pisasen mis botas de montar, besaría la huella todavía caliente de sus plantas. Yo sabría una palabra nueva de Cristo, no escrita en el Evangelio. Mi autoridad surgiría en la Iglesia como la de un Testamento novísimo. Mi voz sería un testimonio inédito de la Pasión. Ya me veía tornado en San Teodorico Evangelista.

Entonces, con una desesperada ansiedad que espantó á aquellos orientales de maneras mesuradas, grité:

—¿Dónde lo podré ver? ¿Dónde está Jesús de Nazareth, mi Señor?



En este momento un esclavo, corriendo en la punta de sus sandalias, vino á caer de bruces en las losas, delante de Gamaliel; le besaba las franjas de la túnica; sus costillas flacas jadeaban; por fin murmuró exhausto:

—Amo, el Rabí está en el Pretorio.

Gad salió de su oración con un salto de fiera; apretó en torno á la cintura su cuerda de nudos y corrió arrebatadamente, con el capuz suelto, extendiendo en derredor el haz resplandeciente de sus cabellos dorados. Topsius recogió su capa blanca con pliegues de toga latina que le daba la solemnidad de un mármol, y habiendo comparado la hospitalidad de Gamaliel á la de Abraham, dirigiéndose á mí, exclamó triunfalmente:

—¡Al Pretorio!



Mucho tiempo seguí á Topsius á través de la antigua Jerusalem, en caminata sofocante, perdido por completo en el tumulto de mis pensamientos. Pasamos junto á un jardín de rosas del tiempo de los profetas, espléndido y silencioso, que dos Levitas guardaban armados de lanzas doradas. Después nos internamos en una calle fresca, aromatizada por las tiendas de los perfumistas: un toldo de esteras finas daba sombra á las puertas; el suelo estaba regado y alfombrado de hierba blanda y hojas de anémonas; y por la sombra vagaban mancebos lánguidos, de cabellos rizados, de ojeras pintadas; que apenas podían erguir, en las manos cargadas de anillos, las sedas rozagantes de sus túnicas de color de cereza y color de oro. Más allá de esta calle indolente abriase una plaza, abrasada por el sol, llena de una polvareda espesa y blanca donde los pies se enterraban; solitaria en el medio, una vetusta palmera arqueaba su penacho, inmóvil y como de bronce; y al fondo negreaban en la luz las columnas de granito del viejo palacio de Herodes. Allí era el Pretorio.

Frente al arco de entrada donde rondaban con

plumas negras en el yelmo reluciente dos legionarios de Siria, un bando de muchachas, con rosas detras de la oreja y en el regazo serones de esparto, pregonaban los panes ácidos. Bajo un enorme quitasol de plumas, clavado en el suelo, hombres de mitra de fieltro con balanzas sobre las rodillas cambiaban la moneda romana. Y los vendedores de agua, con sus odres felpudos, lanzaban un grito trémulo. Entramos y un vago terror se apoderó de mí.

Era un claro patio, abierto bajo el azul, enlosado de mármol, teniendo á cada lado una arcada fresca y sonora como claustro de monasterio. De la arcada del fondo, presa en la pared austera del palacio, extendíase un toldo de tela escarlata franjeado de oro, proyectando una sombra cuadrada y dura: dos estacas de palo de sicomoro, rematadas por una flor de loto, la sustentaban.

Apretábase allí un grupo de gente donde se confundían las túnicas de los fariseos orladas de azul, el rudo sayal de estameña de los obreros, apretado con un cinto de cuero, los amplios albornoces franjeados de ceniciento y blanco de los hombres de Galilea, y la capa carmesí de gran capuz de los mercaderes de Tiberiades; algunas mujeres, separadas de la sombra del toldo, alzábanse en la punta de sus chinelas amarillas, colocando encima del rostro, para defenderlo del sol, un doblez de su manto ligero. De aquella multitud salía un olor caliente de sudor y de mirra. Al fondo, sobre un solio, un hombre, un magistrado, envuelto en los nobles pliegues de una toga pretexta, y más inmóvil que un mármol, apoyaba sobre el puño la barba densa y gris; sus ojos hundidos parecían adormecer indolentemente; una cinta escarlata le sujetaba los cabellos. Por detrás, sobre un pedestal que hacía espaldar á su silla curul, la figura de bronce de la loba romana abría de través la boca voraz. Pregunté á Topsius quién era aquel magistrado melancólico.

—Un tal Poncio, llamado Pilato, que fué prefecto en Batavia,



De súbito alguien tocó familiarmente en el hombro del historiador de los Herodes. Era el hermoso Manasés; con él venía un viejo magnífico, de una nobleza de Pontífice, á quien Topsisus besó filialmente la manga de su túnica blanca, bordada de verdes hojas de parra. Una barba de nieve, lustrosa de aceite, tocaba la faja que lo ceñía, y los hombros amplios desaparecían bajo la espesa abundancia de los cabellos blancos que salían del turbante como una esclavina de armiños reales. Una de sus manos llenas de anillos se apoyaba en un fuerte bastón de marfil, y de la otra conducía á un niño pálido que tenía los ojos más bellos que las estrellas y semejava, al lado del anciano, un lirio á la sombra de un cedro.

—Subid á la galería—nos dijo Manasés.—Allí estaréis mejor.

Seguimos al patriota. Yo pregunté cautelosamente á Topsisus quién era aquel viejo tan augusto.

—Rabí Robam—murmuró con veneración mi docto amigo.—Una luz del Sanhedrín.

Continuamos andando por la galería sonora y clara: en su extremidad brillaba una suntuosa puerta de cedro con chapas de plata labrada; un pretoriano de Cesárea la guardaba. Conmóvido me acerqué al parapeto. ¡Mis ojos mortales encontraron allá abajo la forma encarnada de mi Dios!

¡Oh, cara sorpresa del alma variable! ¡No sentí éxtasis ni terror! Era como si de repente hubiesen huído de mi memoria largos, laboriosos siglos de Historia y Religión.

No pensé siquiera que aquel hombre seco y moreno fuese el Redentor de la humanidad. Inexplicablemente, me hallé anterior en los tiempos. Ya no era Teodorico Raposo, cristiano y doctor. Toda la antigüedad de las cosas ambientes me penetrara rehaciendo mi sér. Yo también era un antiguo. Era Teodoricus, un lusitano llegado en una galera de las playas resonantes del Promontorio Magno y que viajaba, siendo Tiberio emperador, por tierras tributarias de Roma. Aquel hombre no era Jesús, ni Cristo, ni el Mesías. Era tan sólo un hom-

bre de Galilea que, lleno de sueños, descendía de su verde aldea para transfigurar todo un mundo y renovar todo un cielo, y encuentra en una esquina un Nethenim del Templo que le echa la mano y lo trae al Pretor, cierta mañana de audiencia, entre un ladrón que robara en el camino de Sichem, y otro que anduviera á cuchilladas en una riña en Emath.

En un espacio con pavimento de mosaico, frente al solio donde se alzaba el asiento curul del Pretor, estaba Jesús de pie, con las manos en cruz y débilmente atadas por una cuerda de esparto que colgaba hasta el suelo. Un largo albornoz de lona gruesa, orlado de azul, le cubría hasta los pies, calzados con sandalias ya gastadas por los caminos del desierto y atadas con correas. No le ensangrentaba la cabeza esa corona inhumana de espinas, como yo había leído en los Evangelios: tenía un turbante blanco hecho de una larga tira de lino; un cordel lo ataba por debajo de la barba encaramolada y aguda. Los cabellos secos, pasados por detrás de las orejas, le caían en rizos por la espalda; y en el rostro flaco, requemado, bajo las cejas densas, unidas, negreaba con una profundidad infinita el resplandor de sus ojos. No se movía, fuerte y sereno, delante del Pretor. Tan sólo algún estremecimiento de las manos atadas delataba el tumulto de su corazón; y á veces respiraba largamente, como si su pecho, acostumbrado á los libres y claros aires de los montes y de los lagos de Galilea, se sofocase bajo el palio romano y la estrechez formalista de la Ley. A un lado, Sareas, miembro del Sanhedrín, que había dejado en el suelo su manto y su báculo dorado, iba desenrollando y leyendo, con adormecedora canturía, una tira oscura de pergamino. Sentado en un escabel, el Pretor romano, sofocado por el calor ya áspero del mes de Nizam, refrescaba con un abanico de secas hojas de hiedra la faz rasurada y blanca; un escriba viejo, en una mesa de piedra llena de tabularios, afilaba minuciosamente sus cálamos; entre ambos, el intérprete, infeliz é imberbe, sonreía



con las manos en la cintura, arqueando el pecho, donde llevaba pintado un papagayo bermejo. En redor del toldo, volaban constantemente palomas. Fué así como yo he visto á Jesús de Galilea, preso delante del Pretor de Roma.

En tanto, Sareas, que había terminado la lectura de un pergamino, saludó á Pilatos y comenzó en griego una arenga verbosa y aduladora. Hablaba del Tetrarca de Galilea, del noble Antipas; loaba su prudencia; celebraba á su padre Herodes el Grande, restaurador del templo. Su hijo Antipas era generoso y fuerte... Pero, reconociendo su sabiduría, Sareas extrañaba que el Tetrarca se negase á confirmar la sentencia del Sanhedrín que condenaba á Jesús... ¿No estaba aquella sentencia fundada en las leyes que diera el Señor? El justo Hannán había interrogado al Rabí y el Rabí habíase encerrado en un silencio ultrajante. ¿Era aquella la manera de responder al puro, al sabio, al piadoso Hannán? Por eso un celoso, sin contenerse, abofeteara el rostro del Rabí... ¿Dónde estaba el respeto de los antiguos tiempos y la veneración al pontificado?

Su voz grave y hueca resonaba bajo las arcadas. Yo, aburrido, bostezaba. Sareas después proclamó los derechos del Templo. ¿Y aquel Templo cómo lo respetaba el Rabí? Amenazando destruirlo... ¡Y la blasfemia, arrojada al Santuario, subía hasta el seno de Dios!

Bajo el toldo los Fariseos, los Escribas, los Nethenims del Templo, esclavos sórdidos, susurraban como arbustos silvestres que un viento comienza á agitar. Y Jesús permanecía inmóvil, abstraída-mente indiferente, con los ojos cerrados como para abismarse mejor en un sueño continuo y hermoso. Se levantó el Asesor romano: dejó en el escabel su abanico de hojas, recogió con arte el manto forense y saludó tres veces al Pretor: su mano delicada comenzó á ondular en el aire, haciendo brillar una joya.

—¿Qué dice?

—Cosas muy hábiles—murmuró Topsisius.—Es un pedante, pero tiene razón. Dice que el pretor no es

judío; que nada sabe de Jehová; que no le importan los profetas que se alzan contra Jehová, y que la espada de César no venga á Dioses que no protegen á César.

Terminó el Asesor, y lánguidamente, dejóse caer en su escabel. De nuevo habló Sareas. Ahora, más retumbante, acusaba á Jesús, no de su revuelta contra Jehová y el Templo, sino de sus pretensiones como príncipe de la casa de David. Toda la gente en Jerusalem habíale visto llegar por la puerta de Oro en falso triunfo, rodeado de palmas verdes, en medio de una multitud de galileos que gritaban: —«¡Hosanna al hijo de David! ¡Hosanna al Rey de Israel!»

—¡Es el hijo de David que viene para hacernos mejores!—gritó á lo lejos la voz de Gad, llena de persuasión y de amor.

El Pretor se dispuso á interrogar al Rabí. Yo, temblando, vi cómo un legionario empujaba á Jesús, que alzó la faz. Inclínándose levemente hacia el Rabí, con las manos abiertas que parecían soltar, dejar caer todo el interés por aquel pleito ritual de sectarios arguciosos, Poncio murmuró aburrido é incierto:

—¿Eres tú acaso el Rey de los Judíos?... Los de tu nación te traen ante mí... ¿Qué has hecho?... ¿Dónde tienes ese reino?

El intérprete, infatuado, de pie, junto al solio de mármol, repitió muy alto las palabras del Pretor en la antigua lengua hebraica de los Libros Santos: como Rabí permanecía silencioso, las gritó en el dialecto caldeo que se usa en Galilea. Entonces Jesús dió un paso. Oí su voz. Era clara, segura, dominadora y serena:

—Mi reino no es de este mundo. Si por voluntad de mi Padre fuese yo Rey de Israel, no estaría ante ti con esta cuerda en las manos... ¡Pero mi reino no es de este mundo!

Un grito partió desesperado:

—¡Entonces, que lo saquen de este mundo!

Y como leña seca que una chispa inflama, el



furor de los Fariseos y de los servidores del Templo rompió en clamores impacientes:

—¡Crucifícale, crucifícale!

Pomposamente el intérprete decía en griego al Pretor los gritos tumultuosos lanzados en la lengua siria que habla el pueblo en Judea. Poncio golpeó con el pie sobre el mármol. Los lictores levantaron en el aire las varas que terminaban en una figura de águila: el escriba gritó en nombre de Cayo Tiberio: los brazos amenazadores se bajaron y fué como un viento de terror que soprase ante la majestad del Pueblo romano.

De nuevo habló Poncio, lento y distraído

—¿Dices que eres rey? ¿Y qué es lo que haces aquí?

Jesús dió otro paso hacia el Pretor. Su sandalia pisó fuertemente sobre las losas, como si tomase posesión suprema de la tierra. Las palabras que salieron de sus labios secos me pareció que fulguraban vivas en el aire, como el resplandor que salió de sus ojos negros.

—He venido á este mundo para predicar la verdad. Quien desee la verdad, quien quiera pertenecer á la verdad, tendrá que oír mi voz.

Pilatos le miró un momento pensativo: después encogióse de hombros:

—¡La verdad!... ¿Y qué es la verdad?

Jesús de Nazareth enmudeció.

En el Pretorio reinó un silencio profundo, como si todos los corazones hubiesen sentido la incertidumbre. Pilatos descendió los cuatro escalones de bronce recogiendo la amplia toga; y precedido de los lictores y seguido del Asesor, penetró en Palacio, por entre el rumor de armas de los legionarios que lo saludaban batiendo el hierro de las lanzas y el bronce de los escudos.

Inmediatamente se alzó por todo el patio un áspero y ardiente susurro, como de abejas irritadas. Sareas peroraba, blandiendo el báculo entre los fariseos que juntaban las manos con terror.

Otros, alejados, murmuraban sordamente. Un vie-

jo, dejando su manto que volaba, corría por entre los vendedores de panes ácidos gritando:

—¡Israel está perdido!

Gad surgió ante nosotros alzando los brazos triunfantes:

—El Pretor es justo y liberta al Rabí.

Con la faz resplandeciente, nos revelaba la dulzura de su esperanza. El Rabí, apenas fuese suelto, dejaría Jerusalem donde las piedras eran menos duras que los corazones. En Bethania le esperaban sus amigos armados: al romper la luna, partirían para el oasis de Engaddi. Allí estaban aquellos que le amaban. ¿No era Jesús hermano de los Esenios? Como ellos, el Rabí predicaba el desprecio de los bienes terrenos, la ternura por los que son pobres y la incomparable belleza del Reino de Dios.

Yo, crédulo, me regocijaba, cuando un tumulto invadió la galería. Era el bando negro de los Fariseos. Dirigióse hacia el lugar donde el Rabí Robam conversaba con Manasés, envolviendo dulcemente en los dedos los cabellos del niño, más dorados que los maíces. Sareas, con la firmeza de quien íntima, empezó á decir:

—Rabí Robam, es necesario que hables al Pretor y salves nuestra Ley.

Y luego de todos lados fué un suplicar ansioso.

—Rabí, habla al Pretor. Rabí, salva á Israel.

El Rabí se alzó majestuoso como un gran Moisés. Después, con el niño de la mano, se puso á caminar en silencio: tras él la turba producía un rumor de sandalias en las losas de mármol. Nos detuvimos junto á la puerta de cedro. Los pesados goznes réchinaron: un tribuno del palacio acudió. Nos detuvimos todos, amontonados en el umbral. En el centro de la sala fría y mal iluminada, erguíase pálidamente una estatua de Augusto. Ninguno de los judíos entró, porque pisar en día pas-cual un suelo pagano era cosa impura ante el Señor. Sareas anunció altivamente al Tribuno que algunos de la nación de Israel, ante la puerta del Pa-